

LEER Y RELEER

Edición No. 28, octubre de 2001

Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia

DULZURAS Y AMARGURAS DEL DEVORADOR DE LIBROS

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

DULZURAS Y AMARGURAS DEL DEVORADOR DE LIBROS

Fui, pues, al Ángel, pidiéndole que me diera el libro. Y me dijo: Tómalo y devóralo: que llenará de amargura tu vientre, aunque en tu boca será dulce como la miel. Entonces recibí el libro de la mano del Ángel, y lo devoré, y era en mi boca dulce como la miel; pero habiéndolo devorado, quedó mi vientre lleno de amargura
(Apocalipsis, X, 9-10)

El mejor (y el peor) de los mundos posibles

Hay quienes ven en las manifestaciones de la cultura contemporánea indicios del fin del mundo. Son los que Umberto Eco bautizó apocalípticos. Sienten con aprensión que todo va de mal en peor, sueñan con una Arcadia pretérita de la que tienen noticias de tercera mano, y sienten una nostalgia desesperada por ese pasado imaginario en el que todo era bueno y auténtico: los hombres, la comida, los animales, la naturaleza. Otros, los integrados, le dan la bienvenida, alborozados, a todo cambio. La evolución del hombre, los pasos de la historia, serían una línea ascendente de constantes progresos. Para ellos las innovaciones tecnológicas son extensiones útiles de las capacidades del hombre y consideran inexistentes o despreciables los efectos colaterales negativos que puedan traer las novedades.

Con relación a la lectura, el apocalíptico no halla más que síntomas alarmantes. Los jóvenes leen cada vez menos y, lo que es peor, no entienden lo poco que leen. Los niños frente a la pantalla de la televisión son como muñecos descerebrados, con curiosos ataques de histeria o de epilepsia ante determinados movimientos espasmódicos de unos monigotes absurdos llamados dibujos animados, y que son tan inanimados como ilógicos. Ya nadie es capaz de concentrarse en un buen libro de ochocientas páginas; la gente, en progresiva abulia, arrastra sus días frente a una pantalla embrutecedora, que unifica las conciencias, acaba con la individualidad y lava los restos de espíritu que pudieran quedar.

El integrado, en cambio, saluda las nuevas comunicaciones con ánimo optimista. Los niños aprenden más que nunca antes: la pantalla de la televisión les abre los ojos al mundo, los estimula a hacer preguntas, a ir más allá de su experiencia inmediata, les da una capacidad de descifrar imágenes, de manejar cambios de tiempo, y todo esto sin duda desarrolla sus capacidades intelectivas. No se puede comparar la vida de hoy con la de antes en que la gente tenía que soportar el ambiente estrecho, asfixiante de unos vecinos chismosos en unos pueblos aburridísimos. Ahora la gente hace lo que quiere

con su tiempo y es posible que por sugerencia de la televisión lleguemos a leer un libro de ochocientas páginas.

A cada cual le está permitido buscar su propia visión del mundo.

¿Cabe la posibilidad de ser apocalíptico e integrado a la vez? Así me siento yo; con sensaciones pendulares de bienestar y malestar en el mundo contemporáneo. Si me asomo al pasado que añora el apocalíptico, noto que en cien o doscientos mil años de *homo sapiens* la lectura es un asunto muy reciente: de los últimos seis mil años. No todo tiempo pasado fue mejor, al menos para la lectura, sin contar con el hecho de que ésta fue, por milenios, privilegio de las castas sacerdotales. Pero también se nota en el mundo moderno un cambio tan grande en la percepción del tiempo, que da la impresión de que para muchos la lectura es un ejercicio que se prefiere evitar, por largo, por difícil. Como el placer es menos inmediato, como el lector no flota en el facilismo pasivo del espectador, muchos escogen el camino menos arduo. Pocos tienen la paciencia de llegar a esos placeres más hondos que a veces sólo da la larga duración, la lentitud.

Los siguientes apuntes sobre la lectura y temas aledaños (el libro, la escritura, la televisión, los medios electrónicos de comunicación), son apenas bocetos de pensamientos inconclusos, a veces imágenes sin terminar. Revelan dudas y perplejidades, sensaciones contradictorias, unas pocas certezas.

Soy a la vez optimista y pesimista, apocalíptico e integrado. Me siento como ese profesor que describía el transcurrir de la vida y de la historia como algo parecido a la situación del tipo que dormía mal en una noche fría: cuando jalaba la cobija hacia arriba, se le enfriaban los pies, cuando se tapaba los pies, le daba frío en el cuello. Algo se pierde y algo se gana, siempre, y las cobijas que nos va entregando el tiempo no dejan nunca de ser demasiado cortas.

Divagación sobre el libro de papel

Alguna vez leí la anécdota de una niña que había aprendido a leer en las lápidas de un cementerio. Era huérfana y sus tutores la llevaban con frecuencia allí a visitar la tumba de sus padres; ella pidió que le enseñaran a descifrar las letras grabadas sobre las tumbas. Deletrear esos signos cincelados en el mármol le daba por lo menos la ilusión de acercarse a lo que había perdido. Puedo imaginar la intensidad con la que esta niña aprendía a leer en esa insólita cartilla; entender las letras era como descorder un velo sobre su propia vida. Pero lo que quiero destacar de esta historia no es su aspecto dramático: el hecho de que la niña aprendiera a leer no en un libro, sino en unas piedras.

Mucho se discute hoy en día sobre el ocaso del libro como objeto. Durante muchos siglos, y hasta la fecha, este paralelepípedo de hojas de papel impreso ha sido el vehículo más usado para la escritura,

e incluso, más en general, el vehículo más usado (fuera del habla) para la transmisión de la cultura. Pero esto no puede hacernos suponer, sobre todo a partir de algunas innovaciones tecnológicas de nuestro siglo, que el libro vaya a ser siempre el vehículo ideal y mejor para transmitir conocimientos o para expresar y sentir experiencias estéticas de tipo verbal. No cabe duda, por ejemplo, de que para estudiar —sin maestro y sin moverse de la casa— un idioma extranjero, los videos y las grabaciones son al menos tan útiles como los libros. O que un diccionario electrónico de bolsillo es mucho más fácil y rápido de consultar que unos mamotretos que contienen la misma cantidad de información, pero en dos tomos pesadísimos. Pocos dudan de que las obras de referencia, de consulta, serán (podría ya decirse: han sido) las primeras en trasladarse del papel al soporte electrónico. En todo caso, si sigue habiendo libros, no es por un apego sentimental al objeto de papel, sino porque este objeto sigue siendo —casi siempre— el ideal en términos prácticos y económicos: es más fácil de leer, de transportar y todavía cuesta menos. Hay, además, un dato adicional, los objetos que sirven para reemplazar un libro, generalmente requieren un libro (o al menos una libreta) de instrucciones para aprender a usarlos.

Desliguemos, pues, el libro, de la idea que lo considera como soporte único de la lectura. El libro sigue siendo el vehículo que ofrece la manera más eficiente y cómoda de leer en casi todos los casos; no sabemos si lo será para siempre. Influidos por la historia de los últimos diez siglos hacemos una asociación casi automática entre el acto de leer y el objeto libro. En realidad hubo lectura y escritura antes del libro, y seguirá habiéndolas aun en el caso de que el libro desaparezca en el futuro.

Casualmente, por diversos avatares personales, me ha tocado trabajar en casi todos los procesos asociados a la producción de un libro. He sido lector de libros, he escrito algunos libros, he traducido libros y corregido las galeras de otros, también he sido editor de libros, y por último he sido librero, es decir, vendedor de libros (antiguos y modernos). Después de todas estas experiencias conservo —en parte— el amor por los libros. Sé también que su aspecto, su presentación como objeto material, condiciona las primeras reacciones de mi lectura. Pero ya no siento por ellos ningún temor reverencial ni los trato como objetos sacros. Los libros son unas cosas ahí. A veces maravillosas, a veces asquerosas, a veces hermosas, pero la mayoría de las veces pura mercancía. Si un día el objeto libro se transforma en un aparato electrónico cómodo y muy legible, que me permite tener en un espacio mínimo, digamos, la *Opera Omnia* de Shakespeare, le daré la bienvenida al nuevo vehículo sin nada de romanticismo y sin mucha nostalgia por los tiempos idos.

Hay que despojarse del fetichismo del objeto libro. Aun reconociendo su belleza, no soy de los que añora la época en que los libros tenían las tapas de pergamino, o el papel hecho a mano, o los tipos de plomo dispuestos uno a uno por un tipógrafo con síntomas de saturnismo. Por que lo que interesa no es el soporte de la lectura (se pueden leer lápidas o incunables, paperbacks, tabletas sumerias, papiros

egipcios, ediciones príncipes, códices medievales, grafitis de baño o enciclopedias multimediales), lo que interesa es la lectura.

No todos son tan optimistas con relación al libro electrónico. El cambio de soporte, sostienen algunos, cambia el tipo de percepción. Así como no es igual hablar por teléfono que conversar cara a cara, no es lo mismo leer en el papel que en una pantalla titilante. Escribe Sven Birkerts en sus lúcidas *Elegías de Gutenberg*. "The context cannot but condition the process. Screen and book may exhibit the same string of words, but the assumptions that underlie their significance are entirely different depending on whether we are staring at a book or a circuit-generated text. As the nature of looking —at the natural world, at paintings— changed with the arrival of photography and mechanical reproduction, so will the collective relation to language alter as new modes of dissemination prevail" (Birkerts, 1994: 128).

Las sagradas escrituras

Muchas personas sienten un respeto reverencial por el libro. Parece que tuvieran introyectada todavía la idea de libro y de escritura tal como fue en sus orígenes. En el principio las escrituras fueron, sobre todo, sagradas escrituras; los libros eran El Libro, el dictado de Dios, llamárase Tora, Biblia, Corán o Nuevo Testamento.

El colmo de la veneración, o de la misteriosa ritualización del libro, es llegar a devorarlo, literalmente como hace san Juan en el Apocalipsis (véase epígrafe). Algún significado oscuro para nosotros debe de haber en esta indigesta bibliofagia. Los textos proféticos se nutren de hermetismo; su significado queda deliberadamente ambiguo u oculto, pero en este caso uno podría —ilícitamente— usar la profecía como una advertencia contra el facilismo de los tiempos: a veces lo más dulce, lo más fácil, no deja a la larga el conocimiento más profundo. Para los creyentes quizá, sólo los textos sacros son satisfactorios y lo demás peligroso o por lo menos ambiguo. Es evidente, en todo caso, la importancia que se da al libro, cualquiera que sea, en estos versículos del Apocalipsis.

Era más fácil caer en la veneración (o en el terror) del libro cuando los libros eran muy pocos. No todo, al principio, valía la pena que se lo escribiera. Ni todo debía ser leído. Se escribía prevalentemente lo sacro, y solamente lo sacro se recomendaba leer. La lectura típica de los tiempos pasados, como dice Birkerts, era la intensiva (mucho de lo mismo), a diferencia de la tendencia actual, cuando la lectura suele ser extensiva (mucho de muchas cosas) (Birkerts, 1994: 72)

Los que escriben, en los tiempos más remotos de la escritura (babilonios, egipcios, sumerios), son magos: dominan una magia mantenida en secreto por algunas castas; son capaces de apresar en signos gráficos las volátiles palabras de aire (las vuelven de arcilla, las graban en piedra), y sólo ellos son

capaces de descifrarlos. A nadie se le habría ocurrido, entonces, escribir trivialidades como una receta de cocina o una técnica de cacería; eso se enseñaba oralmente y oralmente se transmitía de padres a hijos. La escritura estaba reservada para hablar de lo sublime: de los reyes y los conjuros de los sacerdotes.

Hoy esto nos suena extraño, cuando casi cualquier cosa se considera digna de ser impresa y publicada, incluso los discursos de ocasión de los parlamentarios o los hábitos sexuales de las cortesanas. Ante la vulgarización del libro, la actitud reverencial ante el mismo resulta totalmente anacrónica. El libro, todos los libros, incluso los sagrados, son ya objeto de estudios laicos, desacralizados. El lector moderno no tiene cuando lee libros una actitud reverencial; si mucho, respetuosa o admirativa, pero casi siempre inquisidora, cuestionadora, dubitativa, escéptica. Se lee para sopesar, es decir, para aceptar en parte y en parte para rechazar.

Sobreviven todavía, sin embargo, prácticas reverenciales con algunos libros. El sacerdote besa la Biblia, como en un acto de amor, y hasta en algunos rituales políticos el presidente jura apoyando la palma sobre el libro sacro. En ciertas manifestaciones de la Revolución cultural se enarbolaba el librito rojo de Mao, balanceándolo en el aire en actitud devota. Residuos casi ínfimos, quizá, si los comparamos con el pasado. Pero, aunque banalizados, son restos actuales de este culto reverencial por la escritura. Me pregunto si no es también una especie de esperanza mágica en el texto escrito lo que hace que muchos vayan a las librerías (sección autoayuda o esotéricos) en busca de esa magnífica obra que encierra la gran sabiduría que los salvará, que los hará vivir bien o hallar un amor o ser felices. En fin, todavía es corriente que mucha gente busque en el libro una sagrada escritura, es decir una portentosa revelación definitiva.

¿Qué se siente?

Es inevitable preguntarnos si la televisión no es el sucedáneo moderno de la lectura. La televisión es un invento maravilloso, pero, quizá por ser rápida y ruidosa, es superficial. Necesariamente superficial, creo. Lo difícil no se puede aprender muy rápidamente. Y no hay mejor concentración que el silencio. El silencio en las orejas y el silencio en los ojos. ¿Cuál es el silencio de los ojos? No necesariamente la oscuridad de los ojos cerrados. El silencio de las letras cuando las recorremos. Las letras no distraen con imágenes visuales (salvo algún poema de Apollinaire), las letras son símbolos de palabras, las frases de ideas, y ese silencio admite una concentración que los medios masivos de comunicación no obtienen casi nunca. Además, el ritmo lo pone uno, las pausas, los retrocesos, las repeticiones, las dudas. El ritmo es el de los ojos y del pensamiento, el ritmo es el de la concentración, no lo impone una lejana antena o un programador.

Como decía alguien, la escritura es paciente con los lentos. Se adapta al ritmo que cada lector necesite. La escritura, por ser calmada es buena maestra. No impone un sitio ni un horario. Se deja criticar. Es posible parar para cuestionarla, no nos atosiga con otra imagen, otra idea inmediata, en un galope incesante. Nos deja rayar, dudar, criticar. Permite también que nos saltemos partes. Que dejemos de lado lo que no entendemos o lo que no nos interesa.

Hay un buen ejemplo de Beniamino Placido (Placido, 1993: 78) cuando analiza los límites de la televisión. Cuando el periodista le pregunta (siempre preguntan lo mismo) a la persona que acaba de sufrir una tragedia, “¿Qué se siente?”, la persona no puede responder más que banalidades. Resulta que lo que se siente es difícil de traducir en palabras inmediatas. Para desenredar la compleja y contradictoria red de pensamientos y de sensaciones que tenemos en una situación límite, se requiere tiempo, reflexión, no la tempestividad de la cámara, sino la lentitud de la página. Tenía razón Cervantes cuando dijo que “la pluma es la lengua de la mente”. También la lengua es la lengua de la mente; pero quizá de una mente más inmediata, menos meditada, menos honda.

No se puede negar que en la actualidad mucha gente lee un libro —¡o no lo lee!— porque ya vio la película o la adaptación televisiva. Sea como sea, todos hemos tenido la experiencia de ver una película basada en una novela que habíamos leído, o de leer una novela después de haber visto la película en que se adaptaba. Al respecto creo poder afirmar que a partir de un mal libro, por muy mala que sea la adaptación cinematográfica, hay siempre una ganancia con el paso a la imagen. A partir de una gran novela, en cambio, por buena que sea la película que la adapta, se percibe siempre una pérdida; en densidad, en hondura, en implicaciones, incluso en imágenes. Las obras de arte verbal no permiten una completa traducción a la imagen. Obras mediocres con un asunto intrigante o insólito pueden ser la base de un excelente guión cinematográfico.

¿Los mensajes de la aldea cibernética serán la lengua de una mente colectiva? Hay quienes piensan que la literatura difícilmente aguantará el cambio hacia el soporte electrónico. Vivimos una época en la que de una realidad cultural dominada por el papel impreso, se afirma cada vez más una realidad en la que predomina la comunicación electrónica. Para Sven Birkerts “el circuito y la pantalla son soportes ideales para ciertos tipos de información —números, imágenes, referencias cruzadas de todo tipo—, pero son absolutamente adversos para los materiales más subjetivos que han sido siempre la materia del arte”. El motivo fundamental por el que Birkerts considera que la comunicación electrónica es poco hospitalaria para la literatura y el arte en general, es la percepción del tiempo: “la experiencia interior, incluida la experiencia estética, se desenvuelve en un tipo de tiempo; las comunicaciones electrónicas, por su propia naturaleza, dependen de —incluso *crean*— otro tiempo”. Vamos de un tiempo profundo, de larga duración, en el que se pierde la misma percepción del tiempo real, a un tiempo

instantáneo que juega siempre con una especie de “*ahora virtual*”, un “presente perpetuo hecho de impulsos, de bips, de cursor parpadeante”.

Cualquiera que haya escrito a mano, y luego a máquina, y luego en computador (o cualquiera que lo haga de una y otra forma dependiendo de las circunstancias), sabe que algo cambia en nuestra manera de escribir cuando se cambia de herramienta de escritura. Así mismo, cuando se cambia de herramienta para la comunicación, cambia el tipo de lenguaje: no es lo mismo una conversación cara a cara que por teléfono; no es lo mismo escribir una carta con papel y lápiz que hacerlo por el e-mail. Creo que el correo electrónico, por ejemplo, permite una informalidad total, casi liberadora. A la gente le dejan de importar las fórmulas de cortesía, las reglas ortográficas y sintácticas se hacen mucho más laxas, la comunicación es mucho más parecida (con las dudas, las imperfecciones, las repeticiones) a la comunicación oral que a la tradición escrita.

Es evidente que ahora hay una clara tendencia a una especie de *hemingwayzación* del estilo. Quiero decir que las frases se hacen muy cortas, como con hipo, llenas de puntos seguidos. Impera la parataxis. Como si la gente ya no tuviera la paciencia o la concentración para seguir los largos períodos subordinados, hipotácticos, típicos de los escritores que fundaron la literatura occidental. En estos tiempos de simplificación, inclusive el uso de un léxico muy rico es mal visto, parece pedantería. Birkerts sostiene que, con el imperio de la comunicación electrónica, estamos asistiendo a eso que Neil Postman llama “erosión del lenguaje”.

Es muy pronto para saber si la nueva tecnología implicará un empobrecimiento general. No lo creo. Me declaro optimista. Por el correo electrónico se reciben cartas sosas, inútiles, y cartas creativas, originales, estimulantes. La condición humana no dejará de percibir, y de percibir, la creatividad.

Mente y músculo

La escritura une y separa. Nos une incluso y muy íntimamente con escritores que murieron hace siglos. Pero pone siempre una distancia, aun entre coterráneos contemporáneos. En la lectura, emisor y destinatario están separados. El libro los separa en el tiempo y en el espacio. La relación entre escritor y lector es, como dice Barthes, *in absentia*, algo inconcebible en la comunicación oral (Barthes, 1980: 74).

Esta separación exige mayor concentración. En quien escribe, puesto que quiere hacerse entender completamente y sabe que no podrá dar explicaciones complementarias. En quien lee, pues sabe que no podrá solicitar —salvo raras excepciones— ninguna aclaración. Esto le da a las palabras, escritas y leídas, mayor intensidad.

De alguien muy concentrado en las palabras suele decirse que está *sumergido* en la lectura. El lector, en efecto, cuando se hunde en una narración, en un pensamiento, sabe que el mundo exterior se aleja, que los ruidos llegan mitigados, que la realidad inmediata pierde presencia y consistencia, como si se alejara para dar paso a otro mundo. Cuando un escritor escribe, siente algo similar con respecto a la realidad circundante.

Es cierto: uno también puede hundirse en una película, en una partida de ajedrez, en la contemplación de un cuadro o de una cara, en las notas de una sinfonía. La lectura forma parte de ese puñado de experiencias estéticas o intelectuales que ocupan la mejor parte de nuestra vida. Son intensos paréntesis que nos sustraen de las diligencias cotidianas. Cuando las personas llegan a la saturación de las repetitivas experiencias superficiales (y eso es lo que ofrece, por lo general, la vida contemporánea), tienen la opción maravillosa de sumergirse en las honduras de la experiencia artística. Aprender a disfrutar del arte o de las ideas o en general de las grandes elaboraciones del pensamiento es aprender a escapar de lo superficial, de lo frívolo, de lo mecánico, de lo tedioso, de lo repetitivo. También de lo triste. Escribía Pessoa: "Leo y soy límpido en mis intenciones; lo que hay de febricitante en la pura vida me abandona; una calma completa me invade. Todo el reposo de la naturaleza está conmigo". Y Montesquieu: "Nunca tuve una tristeza que una hora de lectura no hubiera podido disipar". Leer es una de las mejores maneras de estar solo, y al mismo tiempo en la mejor compañía. Defender la lectura es casi ofensivo; hacer su elogio es casi obvio. Los grandes placeres se defienden solos. Lo único que habría que estimular es el aprendizaje de este placer, desde pequeños.

Porque para llegar al indudable placer de la lectura se requiere entrenamiento. Y no solamente el entrenamiento mental de lograrse concentrar, de dejarse llevar por el hilo de un pensamiento o de una narración ajena, sino también entrenamiento muscular. Sí, literalmente: los músculos oculares se desacostumbran al trabajo de convergencia de la vista sobre las letras, al movimiento lateral de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Las personas que no leen o que han dejado de leer por mucho tiempo tienen dificultad, no solamente para entender, sino para mantener el ritmo. Se cansan rápido, les arden los ojos, les da sueño.

Hay una muy poco estudiada —que yo sepa— fisiología de la lectura. Hay lectores maratónicos, capaces de horas y horas de forcejeo con las páginas y lectores tullidos, con los ojos cansados después del primer párrafo. El que deja de leer sufre dos atrofiaciones: mental y muscular.

Sin coronas de laurel

El tiraje normal de los libros en Colombia (mil ejemplares) equivale a unos treinta libros por millón de habitantes. Con esas cifras es clarísimo que el libro sigue siendo un objeto elitista de minorías muy pequeñas. El porcentaje de familias que poseen una biblioteca particular, incluso en las clases altas (sobre todo en las clases altas, diría un ironista) es casi ridículo.

Ante estos datos, me imagino cada vez más el mundo de la literatura —y de los literatos— como un mundo marginal, compuesto por unas minorías casi secretas de iniciados, no más vistosos ni más abundantes que, por ejemplo, los matemáticos. Como desde hace tiempo estos últimos, me imagino también a los escritores haciendo su trabajo a solas, casi aislados, muchas veces felices con sus logros, pero ya casi nunca en el centro de atención de las multitudes. Se acabaron, siquiera, las coronas de laurel.

Actualmente, cuando uno dice “novela” en nuestro país, la mayoría de las personas cree que se está hablando de una telenovela. Es inútil, las páginas de los periódicos, las portadas de las revistas van a estar cada vez más colonizadas por los ídolos de la farándula (cantantes, actores, deportistas). Pero esto puede ser incluso positivo, más les conviene a los escritores concentrarse, encerrarse, trabajar en silencio, fuera de la feria de las vanidades. Ese mismo aislamiento es el que puede afinar su capacidad de percibir el mundo entero y de devolverlo transformado en una narración que nos lo haga más comprensible. No para las multitudes futbolísticas, probablemente, sino para los que tengan la inquietud, la sensibilidad y la necesidad de comprender, que siempre han sido minorías. Las comunicaciones electrónicas, el ciberespacio, la realidad virtual, las redes de computadoras, todas las nuevas tecnologías (como cualquier otro elemento de la realidad cultural) están a la espera de algún gran escritor que nos las haga deleitosas, risibles, comprensibles. Ahí habrá un reto para las próximas generaciones de ciberliteratos.

Referencias

Barthes, Roland y Marty, Eric, “Orale/scritto”. En *Enciclopedia Einaudi*, Torino, Giulio Einaudi editore, 1980.

Birkerts, Sven. *The Gutenberg Elegies. The fate of Reading in an Electronic Age*, New York, Fawcett Columbine, 1995.

Placido, Beniamino. *La televisione col cagnolino*, Bologna, Il Mulino, 1993.

Tomado de la Revista Universidad del Valle No. 16, abril de 1997.

UN LIBRO ABIERTO

El mejor cuarto de la casa, según el recuerdo que tengo de mi niñez, era la biblioteca. Todavía me parece verla; había un escritorio con cajones llenos de papel blanco y encima del escritorio había un pisapapeles de vidrio, un tintero que ya nadie usaba, y también una máquina de escribir mecánica en la que yo escribía con un solo dedo listas de palabras separadas por comas (perro, caballo, cama, casa, mesa, vaso, agua, viento, hoja); a un lado del cuarto había un tocadiscos tan viejo que ya en ese tiempo era viejo, y debajo del tocadiscos una hilera de discos de acetato, casi todos de música clásica y casi todos rayados, pero que seguían sonando si uno le daba un empujoncito a la aguja con los dedos. El resto del mobiliario consistía en dos sillas, un gran sillón reclinable con una lámpara detrás, y tres paredes forradas de libros apilados en estanterías de madera que subían desde el piso hasta el techo. El sillón era el sitio donde mi papá se estiraba a leer, y mi primera foto, a los ocho días de nacido, es acostado precisamente en ese sillón, en el sillón de lectura. No voy a decir ahora que yo, en una magia precoz, ya estaba leyendo; estaba dormido, es decir, estaba soñando, pero no hay ningún otro oficio humano que se parezca más a la lectura. Ahora quiero pensar, supersticiosamente, que yo estaba destinado al sillón de lectura, que ese era mi sitio en el mundo. En un costado de la biblioteca estaban las enciclopedias y los diccionarios; esos fueron los primeros libros que miré, con la ayuda de mi papá, los primeros que leí, ya solo, buscando al escondido palabras vulgares, y creo que serán también los últimos libros que lea: mis amados diccionarios y libros de consulta. Cuando no sé qué pensar ni qué escribir, abro una página de diccionario al azar, y las palabras siempre se me abren, se me despliegan como un mundo, crean una red de imágenes y de asociaciones que son la primera maravilla de la lectura. Cuando algo o alguien es claro, se dice que es como un libro abierto, para mí un libro abierto, por oscuro que sea, es la claridad, la claridad de un mundo luminoso que se abre ante mí.

Pero quizá lo mejor y lo más curioso del sitio, de ese sitio que en mi casa siempre se llamó “la biblioteca”, era que mi papá entraba ahí con cara de furia o de cansancio, con aspecto aburrido o paso deprimido, y al cabo de algunas horas de misteriosa alquimia (la puerta estaba cerrada casi siempre) salía transformado en algo maravilloso, en la persona radiante y alegre que yo más quería. La biblioteca era el cuarto de las transfiguraciones.

¿Qué transfiguración, qué íntima metamorfosis podían producir esos pequeños objetos de papel y letras y esos ruidos armónicos que salían de los parlantes? Ese era el mayor secreto, ese era el gran misterio de mi padre: la música, pero sobre todo la *música callada* (como llama William Ospina a la

lectura, tomando la expresión de san Juan de la Cruz), la *música callada* de los libros producía en él una transformación. Durante la lectura (y esto lo pude ver en la biblioteca cuando me dejaba ser testigo de su oscuro rito, pero también en la cama, cada noche, y todos los fines de semana en el campo, bajo los árboles), durante la lectura, repito, mi padre se podía conmovir como en un entierro y se reía como en una fiesta; también se concentraba como en una partida de ajedrez, con un fervor de ceremonia, y se despedía del mundo, se ensimismaba igual que si tuviera las peores preocupaciones o estuviera metido en los pensamientos más complejos. El momento de la lectura, las horas de lectura, eran como una repetición, como un repaso de las horas más intensas de la vida. Ese fue el secreto que yo fui descubriendo a lo largo de los años (antes de saber leer, sólo viéndolo a él): la lectura era, sobre todo, una inagotable fuente de felicidad, de serenidad, de plenitud. Yo fui testigo, en mi propia casa, de la felicidad que produce la lectura; mucho después encontré en Montesquieu una frase que explicaba lo que yo había visto: “El estudio ha sido para mí el remedio soberano contra las angustias de la vida, pues no he tenido nunca un dolor que una hora de lectura no haya disipado”.

Tal vez por esta experiencia primordial, cada vez que me invitan a hablar ante un público con el propósito de inducir a los jóvenes o a los no tan jóvenes a la lectura, tengo una sensación paradójica: ¿por qué me propondrán que haga cosas obvias, que insista en asuntos que no necesitan estímulo ni demostración? Nunca, por supuesto, me invitan a dar conferencias para estimular en los jóvenes o en los no tan jóvenes el placentero hábito del sexo solitario o en pareja, ni para explicarles las delicias del baile, ni para recalcarles que es conveniente comer todos los días o dormir siquiera unas horitas cada noche o tomar agua de vez en cuando y bastante trago todos los viernes por la tarde. No; el sermón está reservado para el hábito de la lectura y entonces así uno queda, de entrada, como esas tías cantaletosas que nos repiten sin cesar lo importante que es no faltar a la misa en los días de fiestas de guardar. “Mijito, no se le olvide que mañana es primer viernes y hay que ir a la iglesia. Mijito, pórtese bien juicioso y lea siquiera un párrafo esta tarde”. La lectura queda entonces asimilada a un acto piadoso, benéfico y aburrido (si mucho saludable, como una dieta rica en fibras) cuando yo lo que creo, en cambio, es que es un acto pecaminoso, clandestino y divertido como el sexo, y además tan intenso y placentero como la vida misma. La lectura no puede ser una obligación; tiene que ser una necesidad esencial, algo como comer o tomar agua. Como decía el doctor Johnson: “Un hombre debería dejarse guiar sólo por sus inclinaciones en sus lecturas; los que leen por una especie de deber no le sacarán mucho partido a la lectura”.

En realidad yo tengo una sospecha: estoy casi seguro de que todas las personas leen muchísimo, casi a toda hora, sin sosiego, pero fingen que no leen. Para mí que lo ocultan y que tienen guardado ese vicio de la lectura como un inmenso secreto del que sólo se habla con los íntimos, a solas, o cuando ya

están medio borrachos en una velada de sinceridad. “¿Saben qué? Les tengo que confesar algo, yo también lo hago, al escondido, sí, no se lo cuenten a nadie, pero yo también leo cuando nadie me ve.”

Cuando alguien me dice “yo nunca leo nada”, o bien “mis hijos nunca leen”, siento el mismo escepticismo que frente a esos gordos que afirman que nunca prueban bocado. Eso no puede ser cierto, me digo, nadie se va a negar semejante placer, seguramente lee al escondido y por algún motivo prefiere ocultarlo. Pero tal vez en este caso soy un ladrón que juzga por su condición. Yo, como los bebedores compulsivos que intentan dejar el vicio, cuando por algún motivo tengo que dejar de leer, me enfermo. Cuando no leo me va entrando un mal genio, un síndrome de abstinencia como de drogadicto sin heroína; y pienso que a todo el mundo le debe pasar lo mismo. No entiendo cómo alguien se puede pasar un solo día sin leer siquiera un par de páginas.

Siempre he creído, pues, que todos los que saben leer, leen, así sea al escondido. Sin embargo, me he informado mejor y parece que es cierto lo contrario: hay gente que no lee, personas a las que no les gusta leer. Parece que sí; así como hay gente que no come, los anoréxicos, y gente que es incapaz de disfrutar con el sexo (frígidos, castos, impotentes), también hay seres humanos que no gozan con la lectura. Entonces se me ocurre que lo mejor, en vez de echarles un sermón, será hablarles sobre esa trágica condición que es la incapacidad de leer, y aquí no me refiero al analfabetismo (que es una especie de castración y no una frigidez psicológica), sino a la gente que sabiendo leer es incapaz de sacarle placer a la lectura.

La frigidez, la anorexia y la impotencia son enfermedades muy difíciles de curar. Y son enfermedades de esas dolorosas cuando le suceden a algún pariente o a cualquier persona cercana, porque uno se da cuenta de que se están privando de algunos de los grandes placeres de la existencia: disfrutar la comida o disfrutar con otro cuerpo. Es como si estuvieran privados de un sentido: lo más triste de un sordo es que no puede gozar con la música, lo triste de ser ciego es no poder gozar con un paisaje o con un rostro. También con alguien aquejado de incapacidad de leer, lo que se siente es lástima. Sin embargo creo que hay tratamiento para esta desgracia, y que se puede tratar con cuidado y con buen pronóstico a mediano plazo.

Tal vez lo primero que hay que decir es que no es necesario aprender a comer y que también para el sexo nacemos más o menos aprendidos. En esto la lectura, aunque la considero una necesidad primordial, es algo menos natural, menos genético, que reproducirse o alimentarse. Congénito es tal vez, eso sí, el placer que sentimos de que nos cuenten cuentos; todos, los cultos y los incultos, los niños y los viejos, queremos que nos cuenten cuentos. No hay niño que no quiera oír la historia de sus padres, por ejemplo, y todos los seres humanos no hacemos otra cosa que contarnos cuentos, ya sea unos a otros, o interiormente, para nosotros mismos. Planear y recordar es contarse el cuento del futuro o el cuento del pasado.

Entonces, ¿cómo iniciar a los más jóvenes en la lectura? A mí no me parece conveniente que las jovencitas pierdan la virginidad con un expertísimo como Casanova, ni creo que la primera experiencia de un hombre deba ser con la mejor discipula de Celestina. Ni la una ni el otro están preparados para semejante manjar. En el amor y en la lectura hay que empezar despacio, con lo que más se parece a uno mismo, hay que empezar con un vicio solitario o especular. No sé si ustedes se habrán dado cuenta de que casi siempre los adolescentes, cuando tienen un primer noviecito o noviecita, eligen una pareja que físicamente parece un mellizo de ellos mismos. Cuando uno es joven e inexperto, busca lo que no le resulta demasiado extraño. Darle un beso a un sosia es como dárselo a sí mismo, a un espejo. Facilita las cosas, disminuye la impresión de la saliva, de la carne y de la piel ajenas. Por eso pienso que la mejor iniciación literaria empieza antes de la lectura, con los relatos de familia, con los cuentos que cuentan (oralmente) la historia de los padres y de los abuelos. A todos los niños les fascina saber de dónde vienen, quiénes eran sus bisabuelos, cómo era el pueblo, el país o el barrio donde crecieron sus padres, cómo era el empedrado de las calles, la letrina o el baño, qué comían, dónde se acostaban.

Los cuentos son anteriores a la escritura y los cuentos durarán hasta después que la escritura se acabe pues el último hombre que haya sobre la Tierra no hará otra cosa que contarse a sí mismo el cuento de su desaparición sobre la Tierra, si es consciente de ello, o de la desaparición de la Tierra misma. Pensar, muchas veces, no es otra cosa que contarnos el cuento de lo que está pasando. Por eso la lectura es algo tan cercano, tan cotidiano y tan sencillo como comer: es la prolongación de los cuentos que todos nos vivimos contando. Es lo más sencillo, pero es también la sofisticación de lo más sencillo. Nos gusta apresar el mundo mediante la narración. Yo puedo decirle a mi hija: "el año que tú naciste, a los dos meses de engendrada, ocurrió el desastre de Chernobyl (una central nuclear soviética) y sobre toda Europa se cernían nubes radiactivas. Las mujeres embarazadas, y tu mamá estaba embarazada de ti, no podían tomar leche fresca porque ésta tenía isótopos de uranio en cantidades superiores a la recomendable, y podía ser peligroso tomar leche fresca para el feto, para ti que eras un feto". Uno quiere conocer su propia historia y como todos somos más o menos egocéntricos, no nos cansan los detalles sobre nosotros mismos. También la vida de los padres, de los abuelos, como les decía, o la vida de la novia antes de conocerla. El placer de la lectura nace desde antes de aprender a leer, por el placer de oír historias, por el placer de conocer el cuento de nuestra vida y el cuento de la vida de los demás.

Estas son las historias en bruto, las imágenes o imaginaciones que todos nos creamos y contamos. Lo que se lee no es muy distinto a eso; es eso, pero con un mayor grado de complejidad, de sofisticación, porque se supone que quienes escriben, cuando son buenos escritores, logran decir lo mismo que todos pensamos oscuramente, pero de mejor manera, de una manera tan distinta, tan hermosa o tan clara que parece otra cosa. Así como la culinaria no es más que la sofisticación de una necesidad primaria, la necesidad de alimentarse, y así como el erotismo es la sofisticación del instinto

natural de reproducirse, así también la literatura no es más que el arte decantado de un gusto natural, el gusto de contar y oír historias.

Pero decía hace un momento que no me parece necesario empezar con lo más sofisticado (Casanova o Celestina) sino con lo más cercano. Por eso concuerdo con quienes dicen que la enseñanza de la literatura no debe partir de lo más lejano, en el tiempo y en el espacio, para llegar a lo más próximo, sino al contrario. Habría que empezar con lo más nuestro, digamos con los muertos, el barrio y los atracos. Si a uno lo criaron con chicharrón, no es conveniente que se dé un brinco culinario repentino y le pongan al frente, de buenas a primeras, una coca repleta de caviar. Y no porque el caviar sea superior al chicharrón (lo cual es discutible). Pasa lo mismo al contrario: si a uno lo criaron con caviar a orillas del mar Báltico, no conviene que de un día para otro le presenten una bandeja llena de chicharrones, porque lo más probable es que no le gusten al cliente, y si le gustan le produzcan un desastre digestivo.

Con esto quiero decir que si uno nació en Medellín, no debe empezar leyendo a Robbe-Grillet, y que si uno nació en Borgoña sus primeras lecturas no han de ser San Antoñito y la Marquesa de Yolombó. Lo más fácil, casi siempre, es también lo más familiar, lo más próximo. Y conviene empezar por lo más fácil. En general pienso que lo más fácil es lo más cercano, pero esto tampoco tiene que ser una receta rigurosa. Fácil es, en últimas, lo que a uno le parece fácil. A mí —y supongo que a todos— lo que me parecía más fácil no era ni siquiera leer, sino que me leyeran. Después lo que más me gustaba eran las revistas de muñequitos, los cómics; después salté a *Las mil y una noches*, y de ahí en adelante ya sí me envié a cualquier lectura, a las lecturas más disímiles, raras y promiscuas. Porque esta es otra de las grandes ventajas que tiene la lectura frente al sexo: en las lecturas uno puede ser promiscuo, infiel, polígamo... En la lectura nadie condena la infidelidad; uno traiciona a Cervantes con Shakespeare o con Montaigne, cambia a Safo por Marguerite Yourcenar y nadie se mosquea, ninguno de ellos se revuelve en su tumba.

Eliás Canetti, que es un autor con el que mucho me identifico (en el sentido de que me gustaría ser como él) cuenta cómo empezó a leer en el primer tomo de sus memorias: “Mi padre me llevó un libro. Me acompañó a mí solo hasta el cuarto de atrás donde dormíamos los niños y me lo explicó. Era *Las mil y una noches* en una edición infantil. Papá me habló en un tono muy serio y estimulante y me dijo lo agradable que iba a ser leer todos esos cuentos. Yo debía intentar leerlos solo y después, por la noche, contárselos. Cuando acabara el libro, me traería otro. Me sumergí de inmediato en ese libro maravilloso y todas las noches tenía algo para contarle. Él mantuvo su promesa: cada vez había un libro nuevo, y es así como desde entonces nunca he tenido que interrumpir, ni siquiera por un día, mis lecturas”.

Empezar leyendo lo más fácil y lo más próximo, entonces. Y próximo puede ser no solamente la cercanía geográfica, sino ese esquema probado y consolidado de los cuentos infantiles tradicionales. Un

estudioso ruso, Vladimir Propp, descubrió a principios de siglo una serie de constantes en los cuentos fantásticos para niños; en los cuentos rusos, pero también en los cuentos orientales y en los de toda la literatura occidental y probablemente universal. Hay situaciones que se repiten, por encima de los nombres de los personajes: retos, pruebas, objetos mágicos, estrategias matrimoniales, derrotas, victorias. Un libro como el de *Las mil y una noches*, aunque muchos de sus cuentos sean para mayores de veintiuno, conserva casi siempre ese esquema elemental que a todos nos gusta, a los niños y a los adultos. Cuando hablo de empezar por lo más próximo me refiero a esos esquemas más elementales, con menos ingredientes. Creo que esto es irresistible para cualquier persona. Irresistible e infalible: no hay a quien no le gusten estos cuentos, como no hay casi a quien no le guste (salvo casos rarísimos) el agua o las caricias.

Tal vez algo que explica la falta de afición actual a la lectura tenga que ver con el hecho de que el cine y la televisión sacian en buena parte nuestra sed natural de oír cuentos elementales. Si es cierto, y así lo creo yo, que a todos nos encanta que nos cuenten cuentos, y que este gusto está programado genéticamente (porque quien oye cuentos aprende y quien aprende sobrevive mejor en cualquier cultura; hay una selección natural que favorece, que favoreció hace cientos de miles de años a los humanos que tuvieron el gusto de que les contaran cuentos), si esto es cierto, es posible que esa sed natural esté siendo saciada por los medios masivos de comunicación. El problema es que estos medios tan nuevos difícilmente superan el nivel elemental del relato; esto desarrolla, entonces cierto infantilismo literario en los actuales pobladores del mundo. Porque los libros, a veces, van mucho más allá que la simple necesidad de entretenimiento y que los esquemas elementales de la narrativa.

No me ocupo aquí de las lecturas no literarias, que son importantísimas. El lento y gustoso aprendizaje de leer cuentos elementales conviene también porque prepara a la persona (prepara sus ojos y su capacidad de concentrarse) para otras lecturas que serán de estudio y de descubrimiento del mundo. Cualquiera que quiera aprender seriamente cualquier cosa, desde medicina hasta economía, tiene que ser capaz de leer y de concentrarse por largos períodos de tiempo. El mismo uso del computador requiere lectura permanente, así sea de los breves mensajes que aparecen en la pantalla. Pero yo creo que es la lectura literaria (la lectura de lo que más naturalmente nos gusta a todos) lo que nos permite llegar, por ejemplo, a la lectura de un libro de biología o de mecánica cuántica. Nos prepara físicamente, en la capacidad de concentrarnos y en la capacidad de mantener la atención y la vista hacia esos signos mudos que transmiten conceptos. Entonces, volviendo a la reflexión anterior, si la televisión sacia por completo la sed de relatos elementales, y esta tarea pueden cumplirla tanto los dibujos animados como las telenovelas, es posible que en las nuevas generaciones haya una cierta privación de la capacidad de leer historias que van más allá, o de leer libros que profundizan en el conocimiento del mundo o en el conocimiento de nosotros mismos como seres humanos. Siempre y cuando uno no se

quede ahí, leer cómics (o leer cualquier cosa, incluso mala literatura) es bueno en sí mismo, pero es más conveniente aún porque nos entrena para leer libros de psicología, de termodinámica y novelas de James Joyce.

Empecé diciendo que la lectura es obviamente deleitosa, placentera, y que por eso no podía creer que hubiera gente que no lee y que me parecía innecesario incitar a la lectura porque esta actividad se defendía sola. Ahora tengo que decir que para que este placer sea más profundo y duradero, es necesario someterse a cierto grado de dificultad. Esta dificultad, para quien lee desde muy joven, prácticamente no se experimenta, pero para quien no está acostumbrado desde muy pronto al mero ejercicio físico, visual y de concentración, de la lectura, me doy cuenta de que la dificultad puede ser difícil de superar. Empecé hablando de la facilidad y de la dicha; no puedo terminar sin insistir en la dificultad y en el esfuerzo.

Para seguir con mis metáforas erótica y culinaria, un buen lector (como un buen amante o un buen gastrónomo) no se hace de la noche a la mañana. Un concierto de Shostakovich no se disfruta a la primera audición, así como un capítulo de Proust puede resultar abstruso para un principiante. Los placeres más hondos y duraderos necesitan un período más o menos largo de aprendizaje. Si nos quedamos en lo más elemental sin hacer el esfuerzo, a veces pesado, de ir más allá, no podremos probar aquello que podrá incluso cambiar el sentido de nuestra existencia. Pero ¿qué significa ir más allá con un libro? Bueno, eso depende, ante todo, del libro: con un libro de Chopra nunca podremos llegar muy lejos; de libros tontos y consolatorios no habrá nunca mucho qué sacar. En cambio hay libros inagotables, interminables, que leídos en distintos períodos de nuestra vida, nos dicen siempre algo diferente sobre el mundo y sobre nosotros mismos. Hay libros que nos cambian la vida, libros que nos llevan a ser otras personas, libros que nos sustraen del dolor o que nos llevan a experimentar de manera más auténtica y profunda el dolor; libros que nos ayudan a penetrar las complejas sensaciones del amor, de los celos, de la envidia, de la ira, de la benevolencia, libros que exploran todas las pasiones humanas y que nos enseñan a entender y a dilucidar las vivencias nuestras de todos los días. Pero a esa experiencia no se llega sin cierta dificultad. Y esta dificultad sólo se supera con lo mismo con que se superan casi todas las cosas: con tiempo e insistencia.

No voy a criticar a todos aquellos que se conforman con placeres menores, con curiosidades menos agudas o más frívolas. La condición humana es variada y muy difícil. Hay muy malas personas que son muy buenos lectores y personas buenísimas que jamás han leído casi nada. O nada. Lo mismo se podría decir de cualquier experiencia artística (la música, la pintura, la arquitectura, el paisaje). Tal vez el arte no nos haga necesariamente mejores. Pero sí creo que el arte, y la literatura es un arte, le da un espesor y una calidad mayor a la existencia. La vida no dura mucho, es angustiosa y dolorosa a la vez, pero el arte es un recurso casi siempre muy barato y que además nos dura hasta el último respiro. Leer y mirar

no cuesta casi nada; basta no tener hambre para que leer, mirar y oír sean experiencias que llenen de sentido la existencia. Probablemente la existencia no tenga ningún sentido. Pero es casi seguro que al menos tenga uno, así sea uno solamente: existir vale la pena porque se sienten cosas. Y eso es lo que hace el arte, el arte nos hace sentir cosas, el conocimiento nos hace sentir cosas, y nos hace sentir las más, con más intensidad, es decir, nos hace vivos doblemente. Hay dos maneras de sentir con gran intensidad: viviendo y leyendo. Y esas dos experiencias, además, se retroalimentan: cuanto más se ha vivido, con más hondura se lee, cuanto más se lee, con más intensidad se vive.

El delicioso (pero al principio difícil) arte de la lectura, nos hace sentir y nos hace pensar, porque es capaz de sacarnos de nosotros mismos. Un individuo, una persona sola es casi siempre muy poca cosa. Gracias a los libros ponemos a prueba nuestra escasa experiencia del mundo con la múltiple experiencia de grandes hombres y mujeres del pasado y del presente. De ahí esa gran capacidad transformadora que tiene la lectura. De ahí también su gran fascinación. Lo primero que yo vi que hacían los libros era que transformaban a mi padre, que me lo devolvían mejor de lo que llegaba. Yo desde eso me fabriqué una de mis pocas certidumbres: los libros nos transforman, la lectura nos transforma. Y quiero creer que casi siempre nos transforman para bien, para más, para mejor.

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

Es autor temprano de *Malos pensamientos*, cuentos publicados por la Universidad de Antioquia en 1991, suerte de Dublineses en Medellín, donde el humor y la ironía son ya señales de su impronta, al igual que un expreso regodeo de nimiedades de la vida diaria.

De allí dio el salto a la novela, y en 1994 Tercer Mundo Editores publica *Asuntos de un hidalgo disoluto*, una historia llena de sarcasmos y de alusiones contra la moral; de críticas a la Iglesia, a la alta sociedad medellinense y a la educación, y de una refrescante lascivia.

En 1996, de su propio bolsillo, publica *Tratado de culinaria para mujeres tristes*, un librito divertido, irónico, muy bien escrito, inclasificable. A poco andar, seguro con envidia porque ya se habían vendido los asombrosamente numerosos mil ejemplares, producto de dos ediciones, la editorial Alfaguara lo publicó de nuevo. Luego, en 1999, lo hizo con su próxima novela *Fragmentos de amor furtivo*, una cadena de confesiones de amores fugaces y calenturientos, hechas por una mujer a su ansioso amante, que termina por hervirle a éste los sesos, acabando en tragedia lo que había comenzado casi como un divertimento, como una inofensiva masturbación mental.

A ésta le sigue otra, en este caso *Basura*, I Premio Casa de América de Narrativa Americana Innovadora, organizado por Ediciones Lengua de Trapo de Madrid en 2000. Decir que esta es la novela de un escritor, es una frase que encierra un justo doble sentido, o una doble verdad. La novela que un escritor siempre quiere escribir para hablar a sus anchas del oficio, pero además de la ciudad que se le antepone como una máscara inseparable.

Héctor Abad es también columnista, y como tal ha colaborado en las publicaciones *La Hoja*, *Cromos*, *El Espectador*, *Cambio* y *El Tiempo*. Un opinador a destajo, como él mismo se ha definido, que no ve el peligro de malograr temas de sus novelas en la aparentemente vulnerable fragilidad del comentario semanal. Lo ve al contrario.

Sus columnas, casi siempre irreverentes y a veces de una puntería y una visceralidad contundentes, pueden contarse como de lo poco que se sale de los moldes de los "temas nacionales" en las páginas editoriales, que hace rato marean en la prensa del país.

Estos dos ensayos acerca de la lectura muestran la agudeza y el buen humor de que hace gala siempre un buen escritor. Sin argumentos a ultranza ("Defender la lectura es casi ofensivo; hacer su elogio, demasiado obvio. Los grandes placeres se defienden solos"), nos habla bien de la importancia de la lectura, con la ñapa de que no nos "vende" su obra, que es en lo que tantos terminan.

Luis Germán Sierra J.